

RIVA-AGÜERO Y SU CASA DE LÁRTIGA

José Agustín de la Puente Candamo

Bien sabemos como una casa no es solamente una determinada construcción en un terreno apropiado. En una casa se refleja la vida de quienes residieron en ella.

Pensemos en el vínculo entre José de la Riva-Agüero y su casa en la cual nació un 26 de febrero de 1885, la casa de Lártiga 459.

A continuación, unas palabras sobre la calle de Lártiga: “a fines del siglo 18 y principios del 19 conocíase ya la calle de Lártiga, (como también lo he visto en algunas escrituras), denotando el nombre del coronel de Lártiga y Torres, cuyo nombre como antiguo propietario perdura aún” (Eguiguren 1945: 18).

José Gálvez, fraterno amigo de Riva-Agüero toda la vida, en su bello libro sobre las calles de Lima habla de Lártiga y de la casa de Riva-Agüero, y señala “el origen de aquella propiedad, donde nació [Riva-Agüero], hoy suya como descendiente del coronel don Domingo Ramírez de Arellano, quien compró al coronel don Francisco de Lártiga y Torres, origen del nuevo nombre de la calle, alguna vez conocida por Animitas (...)” (Gálvez 1943: 52).

El mismo Riva-Agüero en carta a José Gálvez, del 30 de octubre de 1932, explica buena parte de la historia de la propiedad de Lártiga que llegó a él por el apellido Ramírez de Arellano. Pero su conocimiento y sus recuerdos no se limitaban a la propiedad donde nació. La Iglesia de San Agustín, en la cual se vivían algunas de las tradiciones religiosas de la familia; la Plazuela del Teatro, uno de los escenarios más intensos en la revolución de 1895, cuando don José tenía 10 años; la recta de Lártiga a la Amargura y la Plazuela de la Recoleta, que fue el recorrido cotidiano a su colegio; la calle de Lescano y la de Espaderos, en las cuales su familia tenía amplias propiedades; todo ello formaba de algún modo el panorama geográfico de su casa y del barrio que él conocía hasta sus más íntimos detalles.

No es impertinente una reflexión del mismo Riva-Agüero sobre la recta a la cual pertenece la calle de Lártiga: “Hasta el siglo XVIII los nombres de las calles comprendían varias cuadras y a veces un jirón entero. La peculiaridad limeña de que cada lado de una manzana se distinguiera por un nombre particular, me

parece que no se afirma sino en los albores del siglo XVIII. Por consiguiente, el primitivo nombre de la Amargura se aplicó en sus principios a toda la actual recta de Camaná. Se debía a que era el recorrido de una célebre procesión de Semana Santa en el que se llevaba los pasos o andas de la Pasión del convento mayor de Santo Domingo al menor de la misma orden, ósea, al de la Recoleta de la Venturosa Magdalena (...)" (Riva-Agüero 1999, XVI, I: 451).

No hay duda alguna al afirmar que José de la Riva-Agüero y Osma es el hombre en la historia más que secular de la casa de Lártiga, que la tipifica y de algún modo la encarna. En el bello estudio *Añoranzas*, que dedicó al libro de Pedro M. Benvenuto Murrieta, *Quince plazuelas, una alameda y un callejón*, presenta una bella descripción, una evocación de su casa y de su ambiente, cuando era niño:

Pero sin comparación me gustaba y aprovechaba más mis propias lecturas en la casa de Lártiga. A la paladear a mis anchas mis libros predilectos, exageraba o fingía a veces leves indisposiciones, a fin de no concurrir algunas tardes al colegio. Me refugiaba en los bajos de mi casa, ocupado por mis dos tías abuelas. Una de ellas, doña Rosa, inteligente y enérgica anciana, guardaba en un cuartito muy chico especie de recámara, breve pasillo o alcoba antigua, que ya ha desaparecido, junto a la ante cuadra de azulejos un estante, en cuyos anaqueles y al alcance de mis manos se alineaban las obras que me seducían. Eran, entre otras, el Quijote con láminas; el Telémaco de Fenelón, también con grabados, en que los personajes aparecían vestidos medio a la griega, medio al estilo Luis XIV; los helenísticos y melódicos Mártires de Chateaubriand, porque a la edad de diez años ya leía yo de corrido el francés; un viaje a Tierrasanta, escrito por nuestro compatriota Ingunza; el Evangelio en Triunfo, del legendario limeño Olavide; la Conquista del Perú por Prescott, con el apéndice de la insurrección de Girón por Icazbalceta; una impugnación de Vigil y una apología poética de García Moreno. Me apoderaba con ansía de uno de estos volúmenes, y me ponía a devorarlo y a repasarlo, sentado en una silletita de esterilla, semejante a las sevillanas, ante las macetas del traspatio, o junto a la enrejada tinajera y a una escalera arcaica que conducía al hoy derruido mirador. Cuando se acercaba el verano y la partida a la temporada de Chorrillos, tenía que aplicarme más a mis textos por la inminencia de los exámenes. Al alzar entonces los ojos de los enfadosos compendios hasta el fresco y brillante azul de diciembre, no era raro que de las azoteas inmediatas bajara una bandada de palomas, tornasoladas o blancas, a picotear los granos de maíz delante de las jaulas

de caña o alambre para los pájaros domésticos; mientras en los postes del teléfono emergente de los otros terrados y en las medianaranjas de las Iglesias circunvecinas, ladeando con su peso las cruces de madera, velaban misteriosos los fúnebres hermanos criollos del cuervo, los limeños gallinazos que Lastarria comparó, por su solemnidad y negro ropaje con los entonados senadores de la antigua oligarquía chilena. Y cuando, a pesar del decaimiento de fiestas y procesiones repicaban en coro las campanas de las redondeadas torres en los Monasterios próximos, yo sentía arrebatado, con primaveral entusiasmo, que mi alma, por sus más hondos atavismos, se asociaba sin reservas al himno jubiloso de su ciudad nativa (Riva-Agüero 1937, I: 323-324).

En el mismo texto, habla Riva-Agüero del ambiente de la plazuela de la Recoleta y de la calle de la Amargura, que pertenecía al mismo ambiente de la casa de Lártiga:

hacia 1890, poco más o menos, cuando yo tenía cinco años, mi abuelo materno [Ignacio de Osma y Ramírez de Arellano] quien me mimaba mucho, y al cual rememoro con profunda ternura, salía pasear a pie en las mañanas, recorriendo la ciudad, después de su rápido viaje a Europa y me llevaba consigo y sus hijas. Seguramente con él venía yo de la mano, por la esquina de la Recoleta y la Amargura (...) (Riva-Agüero 1937, I: 320).

Tal vez una de las horas más felices que pasó Riva-Agüero en su juventud y en su casa de Lártiga están ligadas a las tertulias entre niños y muchachos condiscípulos en el colegio la Recoleta, y más tarde en la universidad de San Marcos. Entre los concurrentes a estas conversaciones muy frecuentes se pueden mencionar a los compañeros de colegio y de universidad: Francisco y Ventura García Calderón, Constantino Carvallo, José Gálvez, Raymundo Morales de la Torre, Manuel Gallagher Canaval, Víctor Andrés Belaunde, y muchos más.

Precisamente Francisco García Calderón, en su bella publicación *Recuerdos*, dice: “Yo no pretendo estudiar la obra vasta y múltiple de Riva-Agüero ligada a claros días de mi juventud. Tan sólo quisiera traer recuerdo y corregir errores sobre esta alta personalidad nacional que podían inveterarse” (García Calderón 1949: 8). Rememora la relación comercial entre su padre y el abuelo paterno de Riva-Agüero: “de esta relación de familia nació entre el nieto y yo una amistad profunda, indestructible, que ha durado hasta su muerte” (García Calderón 1949: 8).

Juntos entramos en 1893 al colegio La Recoleta, destinado a larga influencia en los destinos espirituales del Perú. Él tenía ocho años y yo diez. Eran pocos los alumnos y numerosos los profesores. De esta suerte se estableció pronto lo que llamó Platón una cadena magnética entre los discípulos y los maestros que ejercieron sobre nosotros una acción personal directa, persuasiva, formadora. Había leído mucho Riva-Agüero, no sé cómo ni cuando. Se le podía aplicar lo que escribió Clarín de Menéndez y Pelayo, que así como algunos duermen mientras leen, otros leen cuando duermen. Tal debió ser el caso de este muchacho que sabía de memoria páginas enteras de César Cantú, historiador italiano entonces en boga, que había leído a Michelet, repetía versos de Leopardi y se complacía en desentrañar complicadas genealogías de familias peruanas (...) Sorprendió pronto a sus maestros por la seguridad de sus recuerdos y el vigor de su talento. Dominaba todas las materias salvo las matemáticas que siempre le fueron extrañas (...) (García Calderón 1949:8-9).

En el mismo texto Francisco García Calderón recuerda cómo en los recreos del colegio “comentábamos nuestras lecturas” y cómo en las tardes en paseos entre la Amargura, donde vivían los García Calderón, y Lártiga, comentaban lecturas y releían textos famosos.

A José Jiménez Borja le debemos una bella descripción de la casa de Lártiga y de la relación de José de la Riva-Agüero y Osma con la propiedad de sus mayores.

Muy limeña y señorialmente nació don José de la Riva-Agüero y Osma en la mansión de su familia situada en mitad de la calle de Lártiga, hoy Jirón Camaná, N° 459. Esta casa palaciega, de típica arquitectura virreinal, provenía de los Ramírez de Arellano o sea de su rama materna. La fábrica no parece remontar más allá del siglo XVIII. Restaurarla fue tarea predilecta de los últimos años del gran escritor. El amoroso esfuerzo quedó desgraciadamente sin concluir. Una torpe modernización la había desfigurado en el siglo XIX; y hasta ahora quedan de aquella elementos infelices como los neoclásicos balcones de la fachada. El zaguán es acogedor y el primer patio imponente, con labradas ménsulas tanto para sostener la galería de los altos como para prolongar, a uno y otro lado los capiteles de las columnas. Ingresando a la derecha, asciende y tuerce la cortesana escalera de mármol blanco. Frente a la entrada, la puerta y las ventanas del gran salón, seguido de la cuadra, sala íntima o de estar de la familia. Un pasadizo

lateral lleva al segundo patio, con una ancho corredor de azulejos que Riva-Agüero en sus recuerdos de infancia llama la “antecuada”, lugar fresco y predilecto en el que solía leer. Nació y habitó en la segunda planta. En la primera, vivían sus tías abuelas Osma y Ramírez de Arellano que lo querían y mimaban, de modo que siempre pudo disponer de la casa por entero. El año 1885 Lima era todavía una ciudad de daguerrotipo. Los caballeros de levita y sombrero de copa y las damas de polisón, recorrían ceremoniosamente las calles ennoblecidas por los cerrados balcones de madera. Solo de rato en rato aparecía un ruidoso coche; y la melancolía de la reciente derrota formaba una atmósfera impalpable. Riva-Agüero la alcanzó a sorprender en los últimos años de su primera década: “La Lima de mi niñez era una convaleciente que con lentitud se rehacía de los destrozos de la guerra y las revoluciones. Ciudad tranquila, poética, empobrecida; y no obstante su pobreza, fina y selecta... Nuestra Lima hacia 1894 acababa en la Recoleta y la Exposición. Las avenidas de circunvalación de Meiggs, sobre el trazo de las derruidas murallas, se estaban desiertas, abandonadas, polvorientas y por entero rústicas. He amado con indecible ternura la envejecida Lima en que nací y me eduqué, a pesar de sus deficiencias de comodidad e higiene... Desde las salas de estudio que daban a esa plaza (la Recoleta), oímos romper la calma de las suaves tardes limeñas por el penetrante pregón de vendedores ambulantes, chinos fruteros o dulceras negras. Luego de noche, en nuestras casas de las calles rectilíneas y estrechas, escuchábamos el toque de ánimas y el de las nueve, que descendía grave de las campanas conventuales, llenando de supersticiones visiones nuestras mentes infantiles”. Esta clase de tiernas reminiscencias están en el reportaje que le hizo el más tarde malogrado y talentoso escritor Carlos Pareja Paz Soldán en el *Boletín Escolar Recoletano* (agosto y setiembre de 1930); y en el opúsculo *Añoranzas* (1932), destinado a comentar el bello libro evocativo *Quince Plazuelas, Una Alameda y un Callejón* de Pedro Benvenuto Murrieta, cuyo porvenir como gran tradicionalista saluda con entusiasmo. (Riva-Agüero 1962, I: 11–12)

La tertulia juvenil en Lártiga, entre otros testimonios, la confirma y evoca Francisco García Calderón, en una carta desde París en 1907: “Con Raymundo [Morales de la Torre] pasamos largas horas todos los días hablando de ti y de los amigos íntimos. Estamos encantados, porque es el primer amigo de nuestro círculo que llega. Nos ha hecho reír muchas veces. Trae un nuevo ciclo de epopeyas que

RIVA-AGÜERO Y SU CASA DE LÁRTIGA

tiene su centro en Lártiga. Esta siempre nuestro Raymundo triste y nostálgico” (Riva-Agüero 1999, XVI, I: 637).

Sin duda, la casa de Lártiga fue el centro en donde nació y ganó fortaleza el Partido Nacional Democrático a través de diálogos cotidianos en la casa de Riva-Agüero. Impresiona en la lectura de su epistolario advertir el conjunto amplio, en una y otra provincia del país, de personas amigas de Riva-Agüero y vinculadas a él en el juvenil empeño político común. Más tarde en los años treinta, tiempo de intensa vida política en Riva-Agüero, Lártiga asumió una vez más la función rectora en la vida intelectual y política de Lima.

Entre los corresponsales más constantes de Riva-Agüero, José Gabriel Cosío, desde el Cusco, manifiesta sus visitas a la casa de Lártiga.¹

Asimismo, en el epistolario están presentes las muestras de amistad y de vinculación con la casa de Lártiga en las cartas de amigos cercanos y queridos, como José María de la Jara y Ureta, Héctor Marisca, Carlos Arana Santa María, Miguel Lasso de la Vega, marqués del Saltillo, pariente y fraterno amigo.

Reparaciones en la casa de Lártiga, negociación con posibles inquilinos, cuestiones económicas ligadas a la propiedad, aparecen en una y otra carta de César Morelli, su administrador en Lima (Riva-Agüero 2005, XIX, II: 646-798).²

Víctor Andrés Belaunde, amigo fraterno de Riva-Agüero desde los días de San Marcos, y muy cercano en vivencias espirituales y en la interpretación del Perú, en 1940, le agradece a Riva-Agüero el pésame por la muerte de su madre. Manifiesta:

A mi regreso de Miami donde fui a dar algunas conferencias he recibido tu sentida carta que te agradezco con todo mi corazón. Se nos fue la viejecita dejándonos en su admirable agonía su última lección de resignación y fe cristianas. El recuerdo tan hermoso que haces de ella, evoca en mí la enorme figura de la señora Dolores inseparable en nuestra evocación de la época juvenil cuando estudiábamos, pensábamos, y discutíamos tantas nobles cosas en la calle de Lártiga (Riva-Agüero 1996, XIII: 495).³

José Gálvez, tan ligado a estos recuerdos, en 1932, expresa:

Al decir que en tu casa de Lártiga transcurrieron tu mimada infancia, tu estu-
diosa adolescencia y parte de tu sabihonda madurez, mis recuerdos volvieron

hasta 1917 en que tus amigos de siempre solíamos verte en esa casa; pero aun así, mi querido contemporáneo, debo declararte que sólo ha habido hipérbole en cuanto al tiempo mismo, porque de ti, sin pretender envejecernos más de lo que en justicia nos toca, puede afirmarse que tuviste desde muy temprano, madurez y sabiduría (Riva Agüero 1937-1939, I: 387-388).

Las cartas de Constantino Carvallo, compañero de colegio, fraterno y constante amigo, encierra información sobre la casa de Lártiga y sobre aspectos de su administración.

En 1932, en su correspondencia con José Gálvez, se registra una confesión de Riva-Agüero, no sin ironía, sobre su casa natal:

(...) concluiré esta errabunda y desordenada carta con una vistosa declamación. En tu adjetivación encomiástica, que por innecesaria me confunde, afirmas que no pequeña parte de mi madurez transcurrió en el barrio de San Agustín. Desde hace 22 años no vivo allí de asiento; y no acudo a mi casa de Lártiga sino breves ratos al día, para prosaicas tareas de privada administración. Si, no obstante ser tú contemporáneo mío, haces datar mi vejez de antes de 1911 debes imaginarte que por atavismo alcanzo ya tan excepcional longevidad, como el Maestro de Campo D. Juan Álvarez Maldonado, conquistador del Paytiti y los opataris, cuya respetable figura he procurado deslindar en estas líneas de tu taimado tocayo, el regidor del Cusco Diego Maldonado y Nieto (Riva-Agüero 1937-1939, I: 385).

El terremoto que sufrió Lima el 24 de mayo de 1940 –el más fuerte del siglo que se sintió en la ciudad– ocasionó graves daños en la casa de Lártiga que obligaron a Riva-Agüero a trasladarse al hotel Bolívar, al departamento 410, y a iniciar las tareas de restauración de la casa en la cual había nacido. En su propiedad de Chorrillos que también sufrió serios daños guardaba su valiosísima biblioteca y acudía a ella en una y otra oportunidad.

En el amplio y riquísimo epistolario de Riva-Agüero, que afortunadamente ya se ha publicado en buena parte, aparece una y otra referencia valiosa para nuestro trabajo.

El 2 de octubre de 1941, desde Valparaíso, le escribe Ricardo Vegas García, quien hace elogio de la casa de Lima: “He visto en el interesantísimo reportaje que le hiciera en Turismo, Alfonso Telado (uno de los más brillantes escritores de

RIVA-AGÜERO Y SU CASA DE LÁRTIGA

la nueva generación), que piensa Ud. restaurar su casona de Lártiga. Lo felicito, pues nunca habría podido explicarme como podría Ud. preferir, como residencia, su casa de Chorrillos, relativamente nueva, a esta antigua y hermosísima casa, con muchísima más tradición” (Riva-Agüero 1990: 176).

Héctor Velarde evoca en un bello artículo su amistad con Riva-Agüero y sus afanes en diversas tareas. Una de ellas fue la restauración de su casa, después del terremoto de los años cuarenta:

(...) la casa de Lártiga, hoy Instituto Riva-Agüero, fue restaurada y reconstruida en parte respetándose prácticamente toda su arquitectura auténtica. Se rehicieron pisos, muros, techos, puertas, ventanas, servicios de agua y desagüe, electricidad y mil detalles. Los obreros, los mismo de Chorrillos, trabajaban parsimoniosamente bajo la dirección de un contratista, hombre de raza indefinida pero muy seguro de lo que hacía. Yo vigilaba los trabajos y les ponía el visto bueno (...) Riva-Agüero manifestaba sus deseos sin poner la menor objeción a los gastos que consideraba necesarios, gastos que, personalmente, no verificaba nunca (...) Jamás Riva-Agüero se había preocupado de revisar presupuesto. Además, no hubiera podido hacerlo porque no tenía idea de precios ni de especificaciones (...) ¿Qué está Ud. haciendo? le pregunté ¿Desde cuándo sabe Ud. tanto de precios unitarios, materiales de construcción y obra de mano? (...) No, amigo, no. Yo sólo le estoy corrigiendo al maestro sus faltas de ortografía y su letra (...)” (Velarde 1962: 227–228).

Entre 1940 y 1944, cuando Riva-Agüero vivía en el Bolívar, concurría en las mañanas a de Lártiga, donde tenía una pequeña oficina a la izquierda del zaguán. Él despachaba en la habitación vecina, de azulejos interiores, con su administrador, Néstor Sañudo y del Valle⁴ y con Carlos Tarazona. Cuidaba la puerta de ingreso su fiel portero de apellido Gonzáles, canoso y siempre servicial, que trabajó sus últimos años en el Instituto Riva-Agüero.

Cuando murió Riva-Agüero el 25 de octubre de 1944, su casa se encontraba en proceso de restauración, la cual conducía Héctor Velarde.

Cuando la Universidad Católica creó el Instituto Riva-Agüero por iniciativa de Víctor Andrés Belaunde, en las postrimerías de 1946, las reparaciones fundamentales de la casa estaban muy adelantadas, y los albaceas, Belén de Osma y Pardo y Constantino Carvallo, se esforzaron con generosidad, diligencia y empe-

ño para que la casa de Lártiga pudiera ser el domicilio del Instituto Riva-Agüero que se inauguró en mayo de 1947.

Igual que la persona humana una casa puede vivir momentos de apogeo y otros de declinación. Si pensamos en la casa de Lártiga, hoy en día una de las más representativas de la Lima virreinal, podemos advertir momentos de especial interés ligados a la vida del mismo Riva-Agüero.

De la época de su infancia y de los años escolares el mismo don José dejó un bello testimonio que en este texto hemos recogido. Más tarde, en sus tiempos de estudiante san marquino y de joven profesor su casa, fue el centro de las luchas que él condujo en la Universidad de San Marcos frente al abuso del gobierno. En estas horas fue su casa lugar de encuentro, diálogo y decisiones.

Más tarde, entre los gobiernos de Billinghurst y Pardo, los esfuerzos por la organización del Partido Nacional Democrático desarrollaron sus labores centrales en la casa de Lártiga. Del mismo modo, luego de su regreso al Perú en 1930, es su casa natal el centro administrativo y humano de sus diversos esfuerzos en el orden social y político. En fin, la casa de Lártiga fue siempre una expresión de la vida y de los proyectos de Riva-Agüero.

Si pensamos en el tiempo transcurrido desde el siglo XVIII hasta hoy en día, José de la Riva-Agüero y Osma es el hombre que, por su tradición familiar y su vocación intelectual y directiva, encarna la “biografía” de su propiedad familiar entre la Iglesia de San Agustín y la Plazuela del Teatro.

Con las casas de Aliaga, de Torre Tagle, de la Riva, de Goyeneche, la de Riva-Agüero es claro testimonio de una casa limeña, virreinal, del siglo XVIII.

Notas

1. *Bien se sabe que Cosío fue un amigo sincero y constante de Riva-Agüero, como el epistolario lo confirma. La que sigue es una muestra: Riva Agüero 1997 (XIV, II: 1046-1275), a quien llama “mi muy querido compadre”.*
2. *El epistolario con César Morelli, que administró los bienes de Riva-Agüero en la década de 1920 y hasta principios de la década siguiente, encierra una información muy nutrida en la cual aparecen la casa de Lártiga y diversos proyectos y obras de mantenimiento.*

RIVA-AGÜERO Y SU CASA DE LÁRTIGA

Asimismo, en la correspondencia con Morelli y con otras personas se registra la relación con la familia Almenara y con otros inquilinos de algunos ambientes de la casa de Lártiga, en el siglo XX.

En los años treinta el Centro FIDES tuvo su domicilio en la casa de Riva-Agüero.

3. *Belaunde, en sus memorias, recuerda su vínculo juvenil con Riva-Agüero y evoca el ambiente de San Marcos y el prestigio intelectual de su amigo. (Víctor Andrés Belaunde. Trayectoria y destino. Memorias. Estudio preliminar de César Pacheco Vélez, I. Lima, 1967: 277-279).*
4. *En el archivo histórico de Riva-Agüero que conserva una nutrida correspondencia de Riva-Agüero con Sañudo que nos permite conocer diversos detalles vinculados con el cuidado y conservación de la casa de Lártiga.*

Bibliografía

EGUIGUREN, Luis Antonio [Multatuli]

1945 *Las Calles de Lima. Miscelánea. Propietarios y vecinos. Los dueños de carruajes y calesas (siglo XVIII). Costumbres antiguas. Las provincias y departamentos a través de sus nombres de calles en la capital. El fundador de la imprenta en el Perú.* Lima.

GÁLVEZ, José

1943 *Calles de Lima y meses del año.* Lima.

GARCÍA CALDERÓN, Francisco

1949 *José de la Riva-Agüero. Recuerdos.* Lima: Imprenta Santa María.

RIVA-AGÜERO Y OSMA, José

1937–1939 *Por la Verdad, la Tradición y la Patria (Opúsculos) 2 tomos.* Lima.

1962 *Estudios de Literatura Peruana: Carácter de la literatura del Perú independiente. Tomo I.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

1990 *Epistolario de (...). Cien cartas.* Edición de César Gutiérrez Muñoz y Juan Carlos Estensoro Fuchs. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto Riva-Agüero.

1996 *Epistolario Baca – Byrne. Obras Completas de José de la Riva-Agüero. Tomo XIII.* Lima: Instituto Riva-Agüero.

- 1997 *Epistolario. Caballero – Cusicanqui. Obras Completas de José de la Riva-Agüero*. Tomo XIV. Volumen II. Lima: Instituto Riva-Agüero.
- 1999 *Epistolario Fabián – Guzmán. Obras Completas de José de la Riva-Agüero*. Tomo XVI. Volumen I. Lima: Instituto Riva-Agüero.
- 2005 *Epistolario Macavilca – Mústiga. Obras Completas de José de la Riva-Agüero*. Tomo XIX. Volumen II. Lima: Instituto Riva-Agüero.
- VELARDE, Héctor
1962 “Yo fui su Alarife Mayor”. *Mercurio Peruano*. 422: 220–228. Lima.

RIVA-AGÜERO Y SU CASA DE LÁRTIGA

José Agustín de la Puente Candamo

RIVA-AGÜERO Y SU CASA DE LÁRTIGA